

SIMON LEYS

GEORGE ORWELL
O EL HORROR A LA POLÍTICA

Traducción de
Marisa Pérez Colina

Traducción del texto de Jean-Claude Michéa de
Isabelle Marc Martínez



ACUARELA LIBROS



A. MACHADO LIBROS



Licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, siempre que se reconozcan los créditos de la misma de la manera especificada por el autor o licenciador. No se puede utilizar esta obra con fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de ésta. En cualquier uso o distribución de la obra se deberán establecer claramente los términos de esta licencia. Se podrá prescindir de cualquiera de estas condiciones siempre que se obtenga el permiso expreso del titular de los derechos de autor.

© de la presente edición:

2010 Ediciones Acuarela y Machado Grupo de Distribución, S.L.

Título de la edición original:

Orwell ou l'horreur de la politique (1984)

Autor:

Simon Leys

Traducción:

Marisa Pérez Colina.

Traducción del texto de Jean-Claude Michéa:

Isabelle Marc Martínez

Prólogo y revisión:

Acuarela Libros/Ana Chicote Díaz

Propuesta gráfica:

Acacio Puig

Maquetación:

Antonio Borrallo

Edición:

Ediciones Acuarela

info@acuarelalibros.com

www.acuarelalibros.com

Machado Grupo de Distribución, S.L.

C/ Labradores, 5 - Urb. Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com

www.machadolibros.com

Impresión:

Top Printer Plus

Móstoles. Madrid

ISBN: 978-84-7774-204-3

Depósito legal: M-2.165-2010

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| George Orwell: contra el secuestro de lo real, Amador Fernández-Savater | 7 |
| George Orwell o el horror a la política | 15 |
| Anexo I: Algunos escritos de George Orwell | 81 |
| Anexo II: Carta de Evelyn Waugh a George Orwell acerca de <i>1984</i> | 101 |
| Anexo III: El asunto de «la lista negra» | 107 |
| Rebelión y conservadurismo. Las lecciones de <i>1984</i>, Jean-Claude Michéa | 111 |

**GEORGE ORWELL:
CONTRA EL SECUESTRO DE LO REAL**

Amador FERNÁNDEZ-SAVATER

Albert Camus, George Orwell, Hannah Arendt, Cornelius Castoriadis... Sus nombres evocan voces intempestivas que a lo largo de décadas gritaron contra la realidad incomodando a izquierda y derecha. No en vano rehuyeron inscribir su pensamiento y su palabra en la polarización Este-Oeste que organizó el mapa de lo posible (lo que se podía hacer, ver, sentir) durante el siglo XX. Más bien todo lo contrario. Señalaron con mucha claridad y fuerza cómo la polarización entre ambos bloques secuestraba la realidad, convirtiendo al mundo entero en rehén. Espectador pasivo de su suerte, sometido a perpetuo chantaje entre distintos poderes que le prometen la salvación, el rehén es la figura de la imposibilidad de la acción. Ha perdido su capacidad de hacerse cargo por sí mismo del mundo, de transformar la realidad. Su existencia depende de un juego de manipulaciones y cálculos de poder entre agentes indiferentes a su destino y en los que él no puede intervenir.

Preservar la autonomía y la singularidad de su palabra no condenó a ninguno de ellos al aislamiento del rehén, aunque fuese eso mismo lo que pretendiesen los poderes (políticos, culturales, etc.) que participaban entonces más activamente en el secuestro de lo real. Por el contrario, el timbre y la entonación de sus voces tan personales se fue afilando en el seno de experiencias y luchas colectivas que pugnaban entonces por *abrir la reali-*

dad, agujereando la política de bloques («conmigo o contra mí») y haciendo emerger una alteridad radical, irreductible a la polarización. A través de esas luchas los dos bloques en conflicto revelaban, como decía Guy Debord, la «unidad de su miseria»: una base común (que no idéntica) de explotación del trabajo, opresión política y alienación de las capacidades humanas. España 1936, Berlín 1953, Hungría 1956, Mayo del 68... son las fechas emblemáticas, pero la alteridad radical se afirmaba cotidianamente en luchas obreras, objetores de conciencia, rebeliones anticolonialistas, movimientos estudiantiles, revueltas de mujeres, etc. El gesto de aquellas voces intempestivas no era exactamente el del intelectual que se compromete con una causa, apoyándola exteriormente como el que firma un manifiesto, sino más bien el acto de implicación de quien se deja envolver completamente en un combate, lo acompaña con su cuerpo borrando las distancias y se hace cargo de su fragor en el campo del pensamiento o la creación.

Por todo ello, nunca deja de resultarnos extraño, aunque no sea un fenómeno de ayer ni de antes de ayer, la *apropiación neoconservadora o liberal* de aquellas voces, que glorifica su lucidez, su valentía y honestidad, su capacidad de visión y anticipación, pero *solamente para criticar a la URSS*, reinscribiéndolas así de nuevo en la polarización (ahora, Democracia vs Totalitarismo) de la que pelearon por escapar¹. Esa apropiación

¹ A ojos de algunos intelectuales y militantes de izquierda, que cantaron alabanzas largo tiempo a las virtudes emancipatorias de distintas dictaduras *sobre* el proletariado, esa apropiación liberal es la *prueba* definitiva de que aquellas voces jugaron siempre un partido interno a la disputa Democracia vs Totalitarismo y, por tanto, poco o nada tienen hoy que decir a una crítica del presente. *Siguen haciendo pinza.*

ción liberal (a veces, liberal-libertaria) funciona difuminando planos enteros de la vida y el pensamiento de aquellas voces intempestivas: en primer lugar, se borran los términos que utilizaron para describir la organización social de los países occidentales (algunos tan actuales como «oligarquía liberal» de Castoriadis); en segundo lugar, se desdibuja *en nombre de qué* se criticaba el régimen soviético (el socialismo democrático de Orwell y Camus, la república de consejos de Arendt o Castoriadis); y en tercer lugar, se oculta de dónde —de qué espacios y experiencias colectivas— se extraían ideas, palabras, imágenes y fuerzas para la escritura, la creación y la crítica (el sentido del viaje de Orwell a Wigan Pier y España, el vínculo de Camus con el movimiento libertario, la inspiración que supuso para Arendt la insurrección húngara del 56, la militancia de Castoriadis en el grupo Socialismo o Barbarie, etc.). Obrando así, nos atreveríamos a decir, no sólo se pierde una pieza del puzzle bio-bibliográfico, sino las mismas costuras que sostienen el tejido entero de una vida y una obra. Por ejemplo, en el caso de Orwell, como explica Simon Leys en el siguiente ensayo, «la lucha antitotalitaria no fue más que el corolario de su convicción socialista».

Esa apropiación liberal, no se trata simplemente de denunciarla. Menos aún de entrar en ridículos litigios de propiedad o patrimonio. No, por un lado es importante restituir esas dimensiones emborronadas de que hablábamos. Volver a tejer lo que astutamente se ha descosido con el fin de separar nítidamente el «yo» de una voz singular y el «nosotros» abierto y transformador donde se inscribía y en el que se alimentaba. Pero por otro lado, más importante aún es seguir *usando* su pensamiento, conectándolo con los problemas actuales de las prácticas de emancipación. El ensayo de Simon

Leys sobre George Orwell que presentamos da pie a ambas cosas².

¿Cuál puede ser hoy la actualidad de George Orwell? Hasta 1989 estuvo muy claro. Orwell captó como casi nadie la esencia del totalitarismo: reescritura sistemática del pasado y supresión de la Historia (el mito del «Hombre Nuevo»), liquidación de la noción de verdad independiente u objetiva (la máxima totalitaria reza «todo es posible»), degradación del lenguaje y disolución de la lógica, inestabilidad permanente de las condiciones de vida, tortura ilimitada del cuerpo y la mente, etc. Pero, ¿y después de 1989? Desde luego, el periodo Bush ha puesto en bandeja una actualización de los análisis de Orwell. Para la forma-Estado nacida tras el 11-S, la política es la continuación de la guerra por otros medios: define y designa al enemigo, construye un gran relato en torno a él («Occidente frente al Mal»), funciona mediante un Jefe soberano y la figura de «un solo Pueblo», emplea el miedo, la mentira y la muerte para sujetar, etc. Son todos ellos elementos que se pueden encontrar en las visiones de Orwell.

Otra lectura actual muy interesante de Orwell no se esfuerza tanto en encontrar en el presente los calcos de los mecanismos totalitarios de producción de miedo y seguridad, como en indagar con su ayuda lo que resiste por abajo en las cabezas y en los cuerpos. Orwell llamó en su famoso ensayo sobre Dickens «decencia común» (*common decency*) a ese fondo

² Por cierto que Simon Leys fue en su momento otra de esas voces intempestivas que quebraron los consensos sobre lo que podía pensarse y lo que no: su ensayo de 1971 sobre la China maoísta (*Los trajes nuevos del Presidente Mao*, Barcelona, 1976) conmocionó la visión establecida en torno a la patria de la Revolución Cultural.

humano que resiste, al conjunto de disposiciones al apoyo mutuo, la fidelidad, la generosidad o la tolerancia (que no indiferencia). De hecho, la apuesta política por el socialismo democrático significaba para Orwell «trabajar en la construcción de una sociedad en la que la “decencia común” sea de nuevo posible». ¿Cómo no iba a tener entonces actualidad Orwell, si hoy el oportunismo, el cinismo y el miedo son las tonalidades afectivas que produce en masa en nuestra (pos)modernidad? Jean-Claude Michéa es una de las referencias principales de esa corriente que encuentra en la filosofía política de Orwell toda una «caja de herramientas para desmontar el imaginario capitalista» tal y como funciona hoy en día. Un artículo suyo cierra este libro, discurriendo precisamente sobre las lecciones políticas de *1984*, que no se reducen como se piensa muchas veces a la denuncia tópica del control total(itario), sino que nos hablan sobre todo del sentido de la *common decency* y del sentido del pasado como «infraestructura morab» para hacer frente, ayer, hoy y mañana, a la voluntad de poder.

El ensayo de Leys sugiere otras vías de actualización posibles de Orwell, vinculadas por ejemplo a la cuestión contemporánea de la «crisis de palabras», tal y como la nombró Daniel Blanchard en el libro homónimo de Acuarela.

Justo cuando las grandes ideologías que se disputaban el control de nuestra alma en la época de Orwell han caído, nos hemos quedado sin palabras para morder la realidad, nombrar nuestro malestar y decir lo que queremos. Las palabras parecen hoy incapaces de abrir la realidad, de sacudir la impotencia y la indiferencia con que se cierra. Infinitamente reversibles, han perdido su credibilidad y su fuerza (que son lo mismo).

¿Qué ha pasado? El problema de la «crisis de palabras» remite profundamente al desencuentro entre palabra, experiencia y pensamiento. En el espacio que se abre en ese desencuentro, en lugar de hablar nosotros, *somos hablados* por distintos lenguajes (administrados por sus expertos y especialistas) que se hacen cargo de definir y describir la realidad en nuestro nombre: el lenguaje mediático define la actualidad; el lenguaje publicitario nombra nuestros deseos; el lenguaje terapéutico describe nuestro malestar; el lenguaje securitario habla de nuestros miedos; el lenguaje empresarial de las competencias dice nuestras capacidades, etc.

Es el triunfo del estereotipo: la palabra convertida en consigna, convertida en respuesta automática, convertida en orden, convertida en código mercantil, convertida en permanente suspensión y aplazamiento de los problemas. Cada desencuentro entre palabra, experiencia y pensamiento produce un estereotipo. Como un desierto que produce más desierto. Y ese mismo desacople ha desarticulado también el pensamiento crítico que, al no asumir positiva y creativamente la crisis de palabras, se limita a repetir las que funcionaron en su día para abrir la realidad y hoy también han cristalizado en estereotipos.

El problema no es rescatar la «autenticidad» de las palabras frente a su «falsificación». No hay palabras cargadas de verdad más allá de todo contexto, de toda situación, de todo uso. La verdad es un encuentro, un momento de coincidencia entre palabra y experiencia. Ese encuentro hay que suscitarlo una y otra vez, no se puede confiar en una coherencia ya dada entre el signo y el sentido. Para Orwell, como enseña Simon Leys, producir ese encuentro —*mediado por la imaginación*— era precisamente el trabajo de la literatura.

Se conoce la extrema sensibilidad de Orwell a los estereotipos, las ortodoxias y las líneas (cor)rectas, «con toda la deshonestedad y la pusilanimidad que implica someterse a ellas». Era parte de *su horror a la política*. La «lengua de madera» le provocaba instintivamente sarpullido en la piel. Normal, la había podido ver desde muy de cerca funcionando como arma en Cataluña, cuando los estalinistas fabricaron con ella la justificación necesaria para depurar (o «vaporizar», como se dice en *1984*) al POUM y la CNT. Abstracciones y etiquetas cargadas de odio, que difunden la sospecha, el estigma y el miedo. Retóricas que secan la fuente viva, concreta y encarnada de la palabra, su dimensión *común*. La célebre «neolengua» de *1984* es precisamente un lenguaje enteramente hecho de estereotipos, cuyo solo uso excluía de antemano toda posibilidad de pensamiento independiente, toda *contestación*. Esa experiencia grabó a fuego en su cuerpo una decisión: luchar a muerte contra los clichés que se nos imponen como obvios, las etiquetas que deshumanizan la realidad (suprimiendo matices, sombras, contradicciones) y los automatismos que «nos reducen al estado de gramófonos». Así concibió su teoría y su práctica de la escritura: contra el secuestro de lo real a manos de los estereotipos, la invención de la verdad y la complicación de la realidad a través de la literatura. Porque como dicen los anónimos autores de cierto *Llamamiento*, «las ficciones son cosas serias. Necesitamos ficciones para creer en la realidad de lo que vivimos».

amador@sindominio.net
(Acuarela Libros, noviembre 2009)

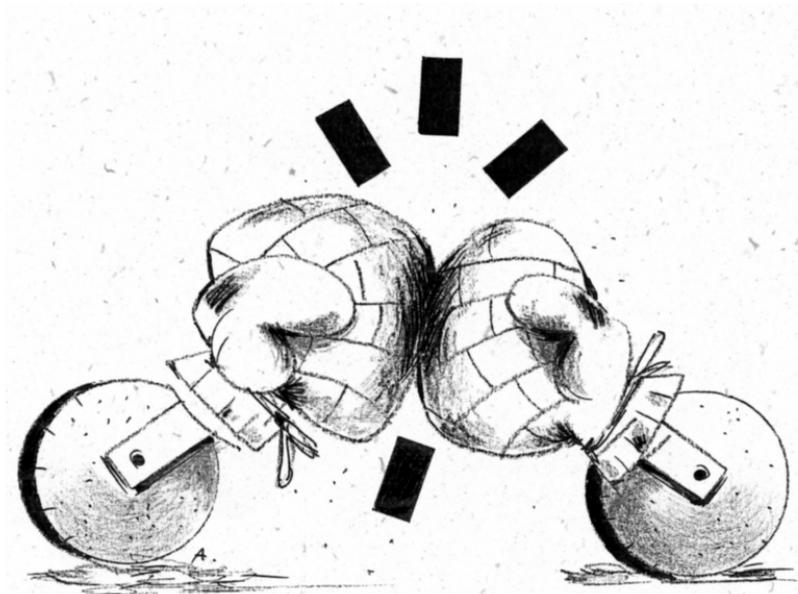
SIMON LEYS

GEORGE ORWELL
O EL HORROR A LA POLÍTICA

NOTA DEL AUTOR

Ésta es la reedición de un ensayo publicado en 1984 y agotado desde hace algunos años. He conservado la forma original de mi texto limitándome a corregir algunos detalles (faltas materiales) y a indicar en notas al pie algunas actualizaciones, así como cierta información bibliográfica complementaria. Las notas donde figuran estos añadidos llevan un asterisco. En el Anexo I he añadido una rúbrica, «Derecha e izquierda», extraída de una carta de Orwell todavía inédita en el momento en que redactaba mi ensayo. Por último, en un nuevo Anexo III se encontrará un breve resumen del asunto de la «lista negra» —la última, cronológicamente, de las calumnias maquinadas por los enemigos de Orwell.

S. L. (Canberra, mayo de 2006)



... Pâte dure!

Nada más misterioso que un alma simple
Abad Bremond¹

Cuesta creer que Orwell lleve ya treinta y cuatro años durmiendo en su pequeño cementerio rural^{2*}. Este muerto sigue hablándonos con más fuerza y claridad que la mayoría de los comentaristas y políticos cuya prosa podemos leer en el periódico de esta mañana. Y, sin embargo, Orwell sigue siendo en Francia, si no desconocido, sí al menos ampliamente malentendido. ¿Esto es sólo un efecto del incurable provincialismo cultural de este país?^{3*}. De hecho, el malentendido

¹ Citado por Julien Green, *La lumière du monde*, París, 1983, p. 327.

² Orwell murió de tuberculosis el 21 de enero de 1950, con cuarenta y seis años de edad. En su testamento había pedido ser enterrado según el rito de la Iglesia Anglicana –probablemente menos por convicción religiosa (profesaba no tener ninguna) que por apego sentimental a la tierra y costumbres de la vieja Inglaterra. Su tumba se halla a la sombra de la Iglesia de Todos los Santos, en Sutton Courtenay, en el Berkshire.

* En el entretanto, estos treinta y cuatro años se han convertido en más de medio siglo...

³* No obstante, es preciso aplaudir ahora los esfuerzos de dos editores: Ivrea ha publicado una traducción francesa de los cuatro volúmenes de los *Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* (traducidos por Anne Krief, Bernard Pecheur y Jaime Semprún) y Climats, una traducción francesa de la mejor biografía de Orwell, la de Bernard Crick (*George Orwell, une vie*, traducida por Stéphane Carretero y Frédéric Joly). Climats ha publicado asi-

que lo rodea aquí debe de tener igualmente causas políticas, similares quizá a las que en su día permitieron a Sartre y a De Beauvoir excomulgar durante tantísimo tiempo de las filas de la *intelligentsia* bienpensante a un Camus o a un Koestler, culpables de la misma lucidez.

Cuando los franceses leen a Orwell lo hacen, en general, desde un punto de vista digno del *Reader's Digest*: su obra queda entonces reducida a un 1984⁴ privado de su contexto y arbitrariamente reducido a las dimensiones de una máquina de guerra anticomunista. Se suele ignorar, y con demasiada frecuencia, que si Orwell emprendió su lucha antitotalitaria fue *en nombre del socialismo* y que el socialismo no era para él una idea abstracta, sino una causa que movilizaba todo su ser y por la que, de hecho, había combatido y arriesgado su vida en la guerra de España.

El propio Orwell observó pertinentemente: «Lo que hace que las gentes de mi especie comprendan mejor la situación que los supuestos expertos no es el talento de predecir acontecimientos específicos, sino la capacidad de captar en qué clase de mundo vivimos»⁵. Y es, efectivamente, en este tipo de percepción donde él asentaba su autoridad: a diferencia de los especialistas cualificados y de las eminencias tituladas, él veía lo evidente; a diferencia de los políticos sagaces y de los intelectuales de moda, él no tenía miedo de nombrarlo; a diferencia de los politólogos y de los sociólogos, él sabía decirlo en un lenguaje inteligible.

mismo dos estudios de Jean-Claude Michéa, *Orwell, anarchiste tory* y *Orwell éducateur*.

⁴ 1984, trad. R. Vázquez, Barcelona, Destino, 2003 [N. de la T.].

⁵ *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell* (que, en lo sucesivo, designaremos con la abreviatura *CE*), Londres, 1968, vol. II, p. 345.

Esta capacidad tan rara lo armaba de una certeza que, aunque desprovista de arrogancia, no dejaba, llegado el caso, de mostrarse con una mordacidad bastante feroz. Él mismo llegó a tomar conciencia de su propia «brutalidad intelectual»⁶ pero, más que una falta, consideraba que su ejercicio era un deber. Y podía abandonarse a ella sin caer en el dogmatismo ni pecar por buena conciencia, pues la certeza que lo habitaba no era fruto de una *simplificación* arbitraria, sino de una auténtica *simplicidad* –la del niño que en medio de toda una multitud de cortesanos exclama que el Emperador está completamente desnudo. (Señalemos entre paréntesis que Orwell tenía una predilección especial por el cuento de Andersen y que llegó a fantasear con hacer una transposición moderna del mismo)⁷. De hecho, este aspecto de su personalidad no pasó desapercibido para algunos buenos críticos contemporá-

⁶ Usó esta expresión en una carta dirigida a Stephen Spender. Tras recordar a este último cómo lo había atacado en una época en la que aún no lo conocía, prosigue así: «[...] cuando tuve finalmente la oportunidad de conocerlo, aunque no me hubiera parecido simpático, me habría visto fatalmente obligado, de todas formas, a cambiar mi actitud a su respecto, porque cuando se conoce a alguien de carne y hueso uno se da inmediatamente cuenta de que es un ser humano y no una suerte de caricatura que encarna ciertas ideas. Ésta es, en parte, la razón por la que no frecuento en absoluto los ambientes literarios, ya que sé por experiencia que desde el momento en que conozco a una persona cualquiera, y después de haber hablado con ella, me vuelvo definitivamente incapaz de tratarla con brutalidad intelectual, aun cuando me sienta en el deber de hacerlo –al igual que esos diputados laboristas perdidos para siempre para la causa del Partido después de haber recibido una palmadita en el hombro de la mano de un duque» (CE I, pp. 32-33).

⁷ Recogido por Christopher Small, *The Road to Miniluv: George Orwell, the State and God*, Londres, 1975, p. 212.

neos: así, en su memorable retrato de Orwell, V. S. Pritchett llegó a la conclusión de que éste tenía «la inocencia de un salvaje»⁸.

⁸ Esta observación figura en la reseña de *El león y el unicornio y otros ensayos* (trad. M. Martínez-Lage, Madrid, Turner, 2006, p. 170) que V. S. Pritchett publica en 1941 en *The New Statesman and Nation* —que era, de hecho, una de las bestias negras de Orwell. Citado por Bernard Crick (*George Orwell: A life*, Londres, 1980, p. 280), el pasaje merece ser reproducido íntegramente: «El Sr. George Orwell posee varios de los rasgos característicos de los mejores panfletistas ingleses: coraje, espíritu independiente, opiniones enérgicas, instinto peleón, el arte de apelar a esa criatura imaginaria conocida como “hombre racional” y el arte de combinar observaciones originales con generalizaciones descorteses, de ver enemigos en todas partes y de despreciarlos a todos. Como aquellos dos famosos panfletistas clásicos, Cobbett y Defoe, poseedores ambos de esa forma de patriotismo subversivo y anticonformista, Orwell escribe en un estilo claro y fluido que despierta al lector como un jarro de agua fría en la cara. El acicate es a veces estimulante y otras notablemente exasperante. Porque el Sr. Orwell no es más tierno con sus amigos que con sus enemigos y, en nombre del sentido común, es capaz de exagerar con la simplicidad y la inocencia de un salvaje. Tiene el mérito de decir cosas que han de decirse, pero comete el error de hacerlo sin envolverlas en los miramientos que algunas de ellas exigirían. Pero ¡al diablo con las precauciones! Un panfletista debe disparar al blanco y ¡qué se le va hacer si hay espectadores con la mala suerte de perderse en la trayectoria de sus flechas! Los estándares de precisión y pertinencia del Sr. Orwell son dignos de Bernard Shaw, el mayor panfletista de nuestra época, a quien, de hecho, recuerda. Baste con ofrecer aquí un solo ejemplo típico, extraído de *El león y el unicornio*: «Es algo extraño, pero es incuestionablemente verdad que prácticamente cualquier intelectual inglés se avergonzaría más de ponerse firme mientras se entona el “Dios salve al Rey”, himno nacional, que de robar la limosna de los pobres». En esta frase, es la palabra “incuestionablemente” la que me parece particularmente deliciosa».

El tema de la «simplicidad» reaparece como un *leitmotiv* en los testimonios de sus amigos y compañeros: «Había en él algo *muy inocente y terriblemente sim-*

Simplicidad e inocencia son cualidades que pueden agradecer de forma natural a niños y salvajes, pero ningún adulto civilizado sería capaz de alcanzarlas sin someterse primero a una disciplina bastante rigurosa. En Orwell estas virtudes coronaban una honestidad tremenda, intolerante con la más mínima distancia entre palabra y acción. Era esencialmente verdadero e intachable. En él, el escritor y el hombre formaban una misma persona –y, en este sentido, era el exacto contrario de un «hombre de letras». Algo que, de hecho, puede explicar la paradójica pero sólida amistad que lo unía, por ejemplo, a un Henry Miller. Aparentemente, no había nada más incongruente que ese comercio entre el severo profeta del apocalipsis totalitario y el cantor rabelaisiano de la liberación sexual. En realidad, cada uno había reconocido la autenticidad del otro: en ambos, la escritura estaba avalada por los actos.

Y ésta es precisamente la razón por la que nuestro deseo de conocer en detalle su biografía –deseo ahora satisfecho de forma magistral y definitiva por el estudio de Bernard Crick–^{9*} no respondía a una curiosidad ociosa. Su vida fue

ple. No era para nada psicólogo» (Paul Potts, citado por Crick, p. 321). «Uno de los aspectos más simpáticos de su personalidad era su *simplicidad infantib*» (Julian Symon, citado por Crick, p. 303). «Orwell tenía un espíritu esencialmente *simple* [...] y nunca consideraba más de un aspecto de los problemas a la vez» (Richard Rees, citado por Crick, p. 160).

⁹ Bernard Crick, *George Orwell: A life*, Londres, 1980. He traducido personalmente todas las citas extraídas de Crick, de Orwell y del resto de autores que figuran en el libro.

* Los estudios acerca de Orwell han seguido multiplicándose. Citemos, en particular: Peter Davison, *George Orwell, a Literary Life*, Londres, 1996; Gordon

ciertamente menos importante que su obra, pero también garante de la misma.

La simpatía admirativa de Crick por el objeto de su libro no es ciega. Crick considera a Orwell «un hombre *casi* genial»¹⁰: el matiz es importante y acertado –y demuestra asimismo la sobria lucidez del biógrafo. Pero tampoco intenta eludir algunos aspectos menos atractivos (veniales, de hecho) de la personalidad de Orwell. Con tacto y firmeza, pero sin vacilaciones, Crick no duda en ponerse a hurgar en todos sus desvanes, incluso en los más oscuros y secretos. En consecuencia, lo que sorprende al término de esta exploración meticulosa y profunda es que este hombre que protegía tan celosamente su vida privada no tenía, en el fondo, nada que ocultar. «Santidad» es una palabra que biógrafos anteriores y testigos tuvieron a menudo la tentación de usar para referirse a él, pero se trata, evidentemente, de una noción que repugna a un investigador tan objetivo y concienzudo como Crick. El propio Orwell sentía una saludable desconfianza hacia los santos, como expresó con claridad en su memorable ensayo sobre Gandhi: «Ser humano significa, esencialmente, que no se busca la perfección; que, por fidelidad misma, se está algunas veces dispuesto a cometer pecados; [significa] negarse a llevar el ascetismo hasta el punto en que haga imposible la amistad y, en definitiva, estar dispuesto a dejarse vencer y quebrar por la vida –inevitable precio a pagar por todo aquel

Bowker, *George Orwell*, Londres, 2003; D. J. Taylor, *Orwell, the Life*, Londres, 2003; Jeffrey Meyers, *George Orwell, Wintry Conscience of a Generation*, Nueva York, 2001. Cada uno de estos diferentes trabajos tiene sus propios méritos, pero el trabajo de Crick sigue siendo fundamental e irremplazable.

¹⁰ *Ibid.*, p. 325.